
Crítica literaria

Huntington, ¿quiénes son ‘nosotros’?

por Anton Chaitkin

Who Are We?—The Challenges to America’s National Identity

por Samuel P. Huntington

Simon & Schuster, Nueva York, 2004

428 páginas, EU \$27.00

El libro más reciente de Samuel Huntington —*Who Are We?—The Challenges to America’s National Identity* (“¿Quiénes somos nosotros?; los retos a la identidad nacional norteamericana”)— pretende abrir un nuevo frente en el ambiente de guerra perpetua impulsado por el terror que fomentan el vicepresidente estadounidense Dick Cheney, el procurador general John Ashcroft, y los de su bando. Huntington reconoce que la Fundación Smith Richardson y otras fuentes de la extrema derecha financiaron la publicación del libro. Las mismas fuentes apoyan a los cheneytas, y auspician la cátedra de Huntington en la Universidad de Harvard.

El libro de Huntington de 1996, *El choque de civilizaciones*, buscaba desquiciar a la opinión pública para que aceptara como inevitable la guerra entre Occidente e islam. Con esta continuación Huntington promueve un “movimiento nacionalista blanco”, para arrearlo con pánico y odio en contra de la propuesta nueva imagen enemiga: la de los hispanos, y en particular los inmigrantes mexicanos.

Como al parecer duda que el espectro de Osama bin Laden —“si no experimentamos nuevos ataques”— baste para mantener a los estadounidenses alineados con los planes de Cheney, Huntington proclama que una supuesta “cultura anglo-protestante” es la identidad nacional histórica de Estados Unidos. Esta identidad, totalmente fabricada, supuestamente está amenazada de muerte por las hordas de mexicanos católicos que cruzan la frontera. He aquí la geometría para un nuevo teatro de la guerra de Cheney y Rumsfeld a lo largo y ancho del Hemisferio Occidental.

El título pregunta “¿quiénes somos?”. El autor presenta la perspectiva de los tories enemigos de la Revolución Americana, de los esclavistas anglófilos “sangre azul” dueños de plantaciones, los brahmanes de Boston y los banqueros de Wall Street, la facción imperial británica de Huntington, y le

llama a esto ¡la identidad nacional de EU!

Los planteamientos que el libro usa para justificar esta farsa tienen tantas invenciones obvias, y hace tan mal uso de material histórico superficial, que el rasgo más relevante de su publicación es la respuesta cortés, aunque “crítica”, de los pejes gordos de la política y el mundillo académico.

El libro debe verse en el marco de las obras profascistas de Huntington, desde *El soldado y el Estado* de 1957, que protestaba que la meta de derrotar al eje de Alemania y Japón en la Segunda Guerra Mundial obstaculizó el objetivo del “equilibrio de poder” antiruso; a su estudio de los 1970 para la Comisión Trilateral, “La Crisis de la Democracia”, que exigía austeridad al estilo de Hitler y Schacht en lugar de la republica constitucional (“un gobierno. . . comprometido con programas nacionales substanciales tendrá poca capacidad, a falta de una crisis catastrófica, de imponerle a su pueblo los sacrificios que podrán ser necesarios para lidiar con los problemas de política exterior y defensa nacional. . . Hemos llegado a reconocer que hay límites potenciales deseables al crecimiento económico. También hay límites potenciales deseables al alcance indefinido de la democracia política”); hasta su posteriores provocaciones racistas en contra de los musulmanes, y ahora los hispanos.

Pero es la burda y desvergonzada falsificación lo que es lo más impresionante del presente libro.

Esos críticos caballerosos, que debaten frivolidades superficiales con Huntington, pueda que estén impresionados por la posición de Huntington como consejero de seguridad nacional de los fanáticos y malhechores que, por ahora, dirigen el Gobierno de EU. Pero tal vez recobren sus escrúpulos si recuerdan que en 1986 y 1987, la solicitud de ingreso de Huntington a la Academia Nacional de Ciencias de EU fue rechazada repetidamente, cuando fue desenmascarado como un pseudocientífico de pacotilla.

El profesor de matemáticas de Yale Serge Lang cuestionó el libro de Huntington *El orden político en el cambio de las sociedades*, en el cual, entre otros disparates, describió a la Sudáfrica del régimen del *apartheid* racista, como una “sociedad satisfecha”, tomando como referencia un supuesto estudio de ciencias sociales al respecto. Esto desató una acalorada polémica. Huntington fue citado en el *New Republic* al efecto de que el calificativo de “satisfecha” describía “el hecho de que el pueblo, por alguna razón, no está protestando. Cuando este estudio. . . se llevó a cabo a principios de la década de los sesenta, no se habían registrado revueltas, ni huelgas, ni disturbios [en Sudáfrica]”. Lang preparó una lista de 50 páginas detallando los enfrentamientos que hubo en Sudáfrica en el período de marras, tales como la infame masacre de Sharpeville del 21 de marzo de 1960, y le mandó copias de su denuncia meticulosa del denotado mentiroso a cada uno de los cientos de miembros de la Academia, quienes rechazaron dos veces la elección de Huntington en votación secreta.

La mentira como un medio de vida

En su libro *¿Quiénes somos?*, Huntington representa a

EU como una sociedad tradicionalmente racista y supuesta aliada perenne del imperialismo británico, tratando así de presentar el eje bestial de Bush, Cheney y Blair como algo natural en lugar de una usurpación.

Para reforzar este fraude menciona a varios dirigentes del pasado de EU, junto con comentarios breves o paráfrasis diseñados para tergiversar la opinión de los individuos y presentarla *exactamente al contrario de sus verdaderas creencias*, pero acorde con los desvaríos de Huntington.

Por ejemplo, refiriéndose al caso en el cual los esclavistas de Georgia exigieron sacar de manera asesina a los indios de sus tierras ancestrales, cuya posesión les había sido garantizada por un tratado con el Gobierno de EU, Huntington escribe (pág. 54): “En referencia a las expulsiones indígenas, la Corte Suprema, en un dictamen emitido por su presidente John Marshall, sostuvo que. . . los indios individuales no reunían los requisitos para la ciudadanía americana, a menos que explícitamente se separaran de su tribu y se integraran a la sociedad estadounidense”. Estas palabras son un extracto del fallo de Marshall en el caso de 1831, *la nación cheroquí vrs. el estado de Georgia*. Ese fue un caso muy sonado en su época. Pero aparentemente Huntington espera que la gente en la actualidad sea tan ignorante como para que no sepa *lo que Marshall resolvió*, que bajo la ley de EU los derechos de los indios tienen que ser protegidos. Al no decirle esto al lector, da la impresión de que John Marshall fue de la facción racista de Huntington. En realidad, la gente en tiempos de Marshall estaba indignada porque el dictamen de la Corte Suprema fue abiertamente desobedecido por el presidente Andrew Jackson, quien ordenó que el Ejército sacara por la fuerza a los indios de Georgia, matando a miles en el famoso “Sendero de Lágrimas”.

Huntington miente cuando dice (pág. 76) que la “Revolución Americana se fundamentó en el Gran Despertar” [el frenesí religioso irracional de 1730–1740], que en gran medida le dio forma. . . el evangelista carismático del Gran Despertar, Whitfield. . . fue la primera figura pública realmente *americana*. . . Esta fue la primera experiencia unificadora para los americanos”. En la (página 77) falsifica la figura de John Adams (Presidente de EU de 1797a 1801): “La Revolución Americana, señaló John Adams en 1818, ‘entró en vigor antes de que la guerra comenzara. La Revolución Americana estaba en las mentes y corazones de la gente; un cambio en su sentir religioso respecto a sus deberes y obligaciones’ ”. Pero Adams, en la carta citada, no dice nada remotamente relacionado con movimientos de renovación religiosa; describe cómo el pueblo americano pasó de rezar por el rey y su gobierno, cuando lo merecían, a lo opuesto, “cuando descubrieron que Inglaterra era una casa de locos, dispuestos como lady Macbeth a ‘hacerles pedazos el cráneo’ ”. A lo largo del libro trata de igualar el cristianismo prohumano de los padres fundadores de EU con los desvaríos de los locos de hoy, tales como los sionistas cristianos, los harmagedonistas, etc.

Huntington degrada al hombre acorde a la filosofía del

escritor inglés Thomas Hobbes (1588–1679): los hombres son por su naturaleza unas bestias tales, que sólo un dictador imperial o un gobierno unimundista puede evitar que se destruyan a sí mismos. En *El soldado y el Estado* Huntington recurre a Hobbes para argumentar en contra de la Constitución de EU y a favor de un poder militar al estilo del Imperio Romano. En *¿Quiénes somos?* describe un estado mental perverso, al que él llama nacionalismo estadounidense, totalmente contrario a los pensamientos y pautas verdaderas de los grandes dirigentes históricos de EU, quienes representan una escuela de pensamiento en conflicto con la facción imperial para la cual escribe Huntington.

Platón enseñaba que cuando el hombre lastima a otros, peca en contra del Bien, el cual es intrínseco a su naturaleza, y del espíritu del Creador del universo. Para Huntington la identidad nacional requiere un enemigo a quien odiar. Las personas “prefieren estar en malas condiciones en términos absolutos, pero en mejores condiciones en comparación con alguien a quien ven como su rival”. Arrastra a Platón a su locura hobbesiana (pág. 25): “Los individuos necesitan. . . lo que Platón, como nos recordó Francis Fukuyama, denominó el *Thymos* y Adam Smith calificó de vanidad”. ¡Esta es la única referencia en el libro a Platón!

El dirigente del partido Whig Henry Clay (1777–1852) formó el pensamiento económico y político de Abraham Lincoln y de varias generaciones de nacionalistas opositores al Imperio Británico. Clay peleó por aranceles proteccionistas, la banca nacional y el desarrollo de canales y vías férreas patrocinados por el gobierno, los cuales cambiaron de manera exitosa a EU (y a otros países que siguieron su ejemplo al rechazar el libre comercio), de ser una sociedad agraria atrasada, dominada por banqueros y dueños de plantaciones, a una republica agroindustrial moderna de salarios elevados. Huntington olvida ese nacionalismo estadounidense. Degrada a Henry Clay, al calificarlo de ser *solamente* un supuesto apóstol de la “creencia protestante estadounidense. . . del concepto del hombre que triunfa por esfuerzo propio. . . Henry Clay utilizó esta frase [del hombre que triunfa por esfuerzo propio] por primera vez, en un debate en el Senado en 1832”.

En la sección titulada “nacionalismo blanco” (págs. 309–316) incita a la guerra entre razas y a la guerra religiosa, una forma de embrutecer a los estadounidenses lo suficiente como para que se sometan al régimen de sus patrocinadores. Escribe lo siguiente: “El influjo grande y continuo de hispanos amenaza la preeminencia de la cultura de los anglosajones blancos protestantes y el lugar del idioma inglés como la única lengua nacional. Los movimientos nacionalistas blancos son una respuesta posible y creíble a estas tendencias y, en situaciones de desaceleración económica y dificultades, podrían ser muy probables. . . La pérdida de poder, condición y miembros en cualquier grupo social, étnico, racial o económico, casi siempre lleva a este grupo a tratar de detener o revertir estas pérdidas”.

Por supuesto, estas pérdidas golpearon a EU y Alemania en la Gran Depresión de los 1930. En esa coyuntura EU siguió

a Franklin Roosevelt para lograr la recuperación económica. Los banqueros anglosajones llevaron al poder en Alemania a los nazis de Hitler con conflictos étnicos y religiosos, y usando a los judíos como chivos expiatorios, como ahora hace Huntington con los musulmanes e hispanos.

Huntington nos asegura (págs. 311–312) que su “nueva casta de racista blanco” es “culto, inteligente y por lo regular posee títulos impresionantes de algunas de las mejores escuelas y universidades estadounidenses”.

La deshonra de Harvard

Sí, definitivamente algo anda muy mal; millones de mexicanos y centroamericanos, empobrecidos por las políticas de mano de obra barata y el Tratado de Libre Comercio de Norteamérica, son forzados al Norte en un afán desesperado por ganarse la vida. Pero, según Huntington: “El crecimiento económico, el bajo desempleo, y la falta de mano de obra de finales de la década de 1990 creó una mayor necesidad de trabajadores inmigrantes”. Para él la desintegración posindustrial de las fábricas y granjas de EU es un milagro, la putrefacta sociedad de EU un paraíso. ¿Bajos salarios? Bueno, los católicos flojos carecen de la “ética de trabajo protestante”. Para los pobres, empleos detrás del mostrador en Walmart, y para los ricos, las raterías de Enron deberían de ser por igual motivo de orgullo, si uno trabaja duro. Afirma que (pág. 314) “la industrialización a finales del siglo 19 reportó pérdidas para los granjeros de EU y condujo a la formación de varios grupos agrarios de protesta. . . Podrían surgir organizaciones como estas en los próximos años, que promuevan los intereses de los blancos”. Esto es descabellado; la industrialización hizo exitosa a la agricultura; la usura, incluyendo los monopolios graneleros y ferroviarios, fue lo que llevó a la quiebra a los granjeros.

El movimiento que él promueve (pág. 310) “será inspirado tanto racial como culturalmente, y podría ser antihispano, antinegro, y antiinmigración”. Luego deja entrever el secreto de a quién se refiere el “nosotros” de su título: “Serán los herederos de los muchos movimientos exclusivistas raciales y antiextranjeros que ayudaron a definir la identidad estadounidense (sic) en el pasado”.

¿Cuáles movimientos del pasado? Nos dice (pág. 57): “Las limitaciones a la inmigración fueron promovidas por la ideología del ‘anglosajonismo’ planteada por escritores y científicos sociales tales como Edvard Ross, Madison Grant, Josiah Strong y Lothrop Stoddard”.

Estos hombres son “científicos sociales”, sólo en el mismo sentido horroroso que los académicos aduladores o cobardados hoy tratan a Huntington con la misma cortesía.

Estos hombres son los engendros de la “herencia” elegida por el mismo Huntington: la tradición de los bostonianos antinacionalistas, los importadores promotores del libre comercio y socios de Inglaterra en el tráfico de opio en Asia. Ellos y sus amigos esclavistas, que impulsaron la guerra en contra de México, por encima de las protestas de los patriotas

estadounidenses; que insistían que la Declaración de Independencia fue un error; que los “anglosajones” angloparlantes deben unirse a nivel trasatlántico. Ellos formaron la Liga de la Restricción a la Inmigración, con base en Harvard, y la Sociedad Eugenésica, y el movimiento fascista de los 1920 y 1930.

Madison Grant, uno de los dirigentes del movimiento eugenésico, escribió: “Los industriales de Nueva Inglaterra importaron a los irlandeses. . . los trabajadores inmigrantes ahora están reproduciéndose más rápido que sus amos. . . Junto con este avance de la democracia y la transferencia del poder de las razas superiores a las inferiores, tenemos el. . . recrudescimiento de formas religiosas obsoletas” [léase católicas]. Añadió: “Los esfuerzos indiscriminados por preservar a los bebés de las clases inferiores, con frecuencia resultan en daños severo a la raza. . . La preocupación errónea por lo que se cree son leyes divinas y creencias sentimentales sobre la inviolabilidad de la vida humana, tiende a impedir tanto la eliminación de infantes defectuosos, como la esterilización de adultos que en sí no tienen valor para la comunidad”.

El libro de Stoddard, *The Rising Tide of Color Against White-Supremacy* (“El ascenso de la marea de color contra la supremacía blanca”), le ganó una audiencia con Hitler y Himmler, y fue juez honorario en una corte eugenésica nazi que decidía la esterilización si los “incapaces”.

Hoy los neonazis venden las obras de estos hombres y las de Huntington, y promueven el actual movimiento antiinmigrante, incluyendo a los vigilantes en la frontera.

La actual generación del 68 ha perdido en gran parte la identidad estadounidense que Huntington desprecia. Consistía, especialmente, en la pasión por mejorar; que con el autogobierno el dominio del hombre sobre la naturaleza podía incrementarse constantemente con nuevos inventos y avances científicos revolucionarios. Así, los problemas sociales (la pobreza) y los problemas intelectuales (la ignorancia) podían resolverse al mismo tiempo. Este nacionalismo nunca estuvo en contra de otras naciones, más bien se difundió a otros países (Irlanda, India, Rusia, Japón, Alemania, Perú) para ganar la cooperación de naciones soberanas hermanas, que avanzaban juntas en contra de los imperialistas europeos.

Huntington, sin embargo, habla por el bando contrario. Quién es ese “nosotros” de él no es difícil de descubrir. Le hace eco a Hitler, quien escribió en *Mein Kampf*, “cuando el hombre intenta rebelarse contra la lógica férrea de la naturaleza, entra en conflicto con los principios a los cuales le debe su existencia como hombre. . . en esto encontramos la objeción del pacifista moderno, ¡tan realmente judía en su descaro al igual que estúpida! ‘La función del hombre es sobreponerse a la naturaleza’. Millones repiten como pericos esta tontería judía de manera irresponsable, y terminan realmente imaginando que ellos representan algún tipo de conquistador de la naturaleza. Pero el hombre, cuando más, logra asir y trata de levantar uno que otro canto de su inmenso velo de acertijos y secretos eternos”.